

ma!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy también. Su madre de usted sabrá quién soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien más que tío debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo más inmediato ni más querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades á nuestra unión.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

DON CÁRLOS.

Ya lo sé. La ambición no puede agitar á un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco más, ni conozco mayor fortuna.

DON CÁRLOS.

Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la

disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirle... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

DON CÁRLOS.

Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere. *(Se entenece y llora.)*

DON CÁRLOS.

¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

DOÑA FRANCISCA.

¿Es posible?

DON CÁRLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y sólo la muerte bastará á dividirlos.

ESCENA VIII.

RITA, DON CÁRLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede también disponer de su persona.

DON CÁRLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

DON CÁRLOS.

Hasta mañana. Con la luz del día veremos á este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin. (*Se va por la puerta del foro.*)

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

DON CÁRLOS.

Adios, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Acuéstese usted, y descanse.

DON CÁRLOS.

¿Descansar con celos?

DOÑA FRANCISCA.

¿De quién?

DON CÁRLOS.

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

DON CÁRLOS.

Adios, vida mía.

DOÑA FRANCISCA.

Adios. (*Entrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX.

DON CÁRLOS, *paseándose con inquietud*; CALAMOCHA, RITA.

DON CÁRLOS.

¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA, *saliendo por la puerta del foro.*

Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... á lo ménos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anape los ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay más que pedir. Pan de Meco, vino de la tercia... Con que si hemos

de cenar y dormir, me parece que sería bueno...

DON CÁRLOS.

Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA, *saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*

¿Quién quiere sopas?

DON CÁRLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar. (*Entrase en el cuarto de doña Irene.*)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

DON CÁRLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

¡Ay! ay! ay!... (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve; se acerca á don Carlos y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) ¡Eh! chit, digo...

DON CÁRLOS.

¿Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve usted lo que viene por allí?

DON CÁRLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero ¿quién diablos le...

DON CÁRLOS.

¿Y qué harémos?

CALAMOCHA.

¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir, y... ¿Me da usted licencia para que...

DON CÁRLOS.

Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON (*sale por la puerta del foro*), DON CÁRLOS, CALAMOCHA.

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

Adios, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

¿Cuánto me alegro de...

DON CÁRLOS.

¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es ésta?

SIMON.

¡Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¡Voto á sanes!

DON CÁRLOS.

¿Y mi tío?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

¿Quién me había de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez más guapo... ¿Con que usted irá á ver al tío, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

DON CÁRLOS.

Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir.... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego más marrullero y más

bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

DON CÁRLOS.

Pues.. Figúrate tú.

SIMON.

¿O va usted allá?

DON CÁRLOS.

¿Adónde?

SIMON.

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado más de cuatro leguas?

SIMON.

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan más de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA, *aparte separándose de Simon.*

¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

DON CÁRLOS.

Pero aún no me has dicho si mi tío está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni..

SIMON.

Bien, á eso voy... Sí, señor, voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CÁRLOS, SIMON,
CALAMOCHA.

DON DIEGO, desde adentro.

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(Don Carlos se turba y se aparta á un extremo del teatro.)

¡Mi tío!...

DON DIEGO.

¡Simon!

(Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Carlos, y se acerca á él. Simon le ahumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.)

SIMON.

Aquí estoy, señor.

DON CÁRLOS.

¡Todo se ha perdido!

DON DIEGO.

Vamos... Pero... ¿quién es?

SIMON.

Un amigo de usted, señor.

DON CÁRLOS.

Yo estoy muerto.

DON DIEGO.

¿Cómo un amigo?... ¿Qué? Acerca esa luz.

DON CÁRLOS.

¡Tío!

(En ademán de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.)

DON DIEGO.

Quítate de ahí.

DON CÁRLOS.

¡Señor!

DON DIEGO.

Quítate. No sé cómo no le... ¿Qué haces aquí?

DON CÁRLOS.

Si usted se altera y...

DON DIEGO.

¿Qué haces aquí?

DON CÁRLOS.

Mi desgracia me ha traído.

DON DIEGO.

¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (Acercándose á Don Carlos.) ¿Qué dices? ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? ¿Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á usted ley, y le quiero bien, y...

DON DIEGO.

A tí no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: si, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tío.

DON CÁRLOS.

No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

DON DIEGO.

Pues, ¿á qué viniste? ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus jefes? Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afán.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es más que...

DON DIEGO.

Ya he dicho que calles... Vén acá. (*Asiendo de una mano á don Cárlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

DON CÁRLOS.

Una ligereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

DON DIEGO.

¿Y qué otra cosa hay?

DON CÁRLOS.

Nada más, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿qué desgracia era aquella de que me ha' laste?

DON CÁRLOS.

Ninguna. La de hallarle á usted en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando

yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

DON DIEGO.

¿No hay más?

DON CÁRLOS.

No, señor.

DON DIEGO.

Míralo bien.

DON CÁRLOS.

No, señor... A eso venía. No hay nada más.

DON DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adios disciplina militar... Vamos... eso no puede ser...

DON CÁRLOS.

Considere usted, tío, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

DON DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya,

los proteja y les dé ejemplo de subordinación, de valor, de virtud.

DON CÁRLOS.

Bien está ; pero ya he dicho los motivos...

DON DIEGO.

Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho días, sino saber que es hombre de juicio, y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz y se pasea inquieto.*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

DON CÁRLOS.

Señor, sí...

DON DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

DON DIEGO.

Pues con ellos (*A Calamocho.*) y con las maletas al meson de afuera. Usted (*A don Carlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A Calamocho.*) tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (*A Simon.*) ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(*Saca de un bolsillo algunas monedas y se las da á don Diego.*)

DON DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocho.*) ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú (*A Simon.*) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CÁRLOS.

DON DIEGO.

Tome usted... (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre ; y en obrando tú según corresponde, será tu amigo como lo he sido hasta aquí.

DON CÁRLOS.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Pues bien : ahora obedece lo que te mando.

DON CÁRLOS.

Lo haré sin falta.

DON DIEGO.

Al meson de afuera. *(A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.)* Allí puedes dormir mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretexto ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

DON CÁRLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Mira, que lo has de hacer.

DON CÁRLOS.

Sí, señor, haré lo que usted manda.

DON DIEGO.

Muy bien... Adios... Todo te lo perdono... Véte con Dios... Y yo sabré tambien cuándo llegas á Zaragoza : no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

DON CÁRLOS.

¿Pues qué hice yo?

DON DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué más quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Véte.

DON CÁRLOS.

Quede usted con Dios. *(Hace que se va, y vuelve.)*

DON DIEGO.

¿Sin besar la mano á su tío, eh?

DON CÁRLOS.

No me atrevi. *(Besa la mano á don Diego, y se abrazan.)*

DON DIEGO.

Y dame un abrazo, por si nó nos volvemos á ver.

DON CÁRLOS.

¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

DON DIEGO.

¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

DON CÁRLOS.

No, señor, ahora no.

DON DIEGO.

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tío... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira cómo los gastas... ¿Juegas?

DON CÁRLOS.

No, señor, en mi vida.

DON DIEGO.

Cuidado con eso... Con que, buen viaje. Y no te acalores : jornadas regulares y nada más... ¿Vas contento?

DON CÁRLOS.

No, señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios y yo le pago mal.

DON DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... Adios...

DON CARLOS.

¿Queda usted enojado conmigo?

DON DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me des que sentir. *(Poniéndole ambas manos sobre los hombros.)* Portarse como hombre de bien.

DON CARLOS.

No lo dude usted.

DON DIEGO.

Como oficial de honor.

DON CARLOS.

Así lo prometo.

DON DIEGO.

Adios, Carlos. *(Abrazándose.)*

DON CARLOS, *aparte, al irse por la puerta del foro.*

¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luégo lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribirsele, que... Despues de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!... Como una malva es.

(Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.)

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Un camino tan largo!

RITA.

¡A lo que obliga el amor, señorita!

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien puedes decirlo : amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

RITA.

Y deje usted, que no ha de ser éste el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella. ¡El pobre don Diego ¡qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima.

DOÑA FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia. Pero ya es otro

tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la más dichosa de las mujeres.

RITA.

¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo también la cabeza... Voy por él.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿A qué vas?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

DOÑA FRANCISCA.

Si, tráele, no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Sí, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina que...

DOÑA FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé donde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV.

SIMON (*sale por la puerta del foro*), DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Los arrieros?

SIMON.

No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiénes dice usted que son?

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Sí, señora, en ese cuarto.

DOÑA FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(Vase al cuarto de Don Diego.)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?.. No puedo sostenerme... ¡Desdichada!

(Siéntase en una silla inmediata á la mesa.)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta.

(Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa; abre la puerta del cuarto de don Carlos y vuelve.)

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, que es cierto!.. ¿Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... ¿Pero cómo podía engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Sí, señora, los dos.

DOÑA FRANCISCA.

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y es ése el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

RITA.

¡Señorita!

DOÑA FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprendible... Si no alcanzo á descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no le quise más que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos? Y aún eso mismo debiera enamorarle más... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano... Dí que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir á alguien, y...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situación me dejal... Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Sí, señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!.. ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del toro. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca éste!... Guardémosle el sueño hasta que venga el día, que ya poco puede tardar... (*Simon se despierta, y al oír á don Diego se incorpora, y se levanta.*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

Qué, ¿estaba usted ahí, señor?

DON DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.